



## PARTE PRIMERA

---

### CAPÍTULO PRIMERO

#### EL CLASICISMO EN LA POESÍA LÍRICA

---

Quintana y Nicasio Gallego.

**A**L comenzar la presente historia de LA LITERATURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX, no han sido pocas mis vacilaciones sobre el punto de partida que en resolución debería adoptar, más que por aparecer él incierto y vago, por la circunstancia gravísima de haberse publicado, y andar en manos de todos los eruditos, el magistral estudio del señor marqués de Valmar con que va encabezada la colección de *Poetas líricos del siglo XVIII en la Biblioteca de Autores Españoles*<sup>1</sup>. Aunque no sean convincentes las razones en que el ilustre crítico se apoya para encerrar en el período literario de que trata nombres y glorias de

---

<sup>1</sup> En el primer tomo de la colección (LXI de la Biblioteca) se halla el *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, de cuyos últimos capítulos he entresacado una parte de lo que en este mío y en los dos siguientes irá viendo el lector, añadiendo de propia cuenta muchos datos que indicaría bien una comparación minuciosa y que no es necesario especificar.

otro posterior, recelaba yo mucho que esta primera parte de mi obra no pareciese sino repetición cansada é inútil por falta de novedad en los juicios y las investigaciones.

Pero ha pesado en mi ánimo más que semejante consideración el deseo de no dejar incompleto el estudio que voy á comenzar; pues no era posible conocer la revolución literaria que se verificó más tarde sin poner á la vista sus precedentes, ni hablar de la literatura española en el siglo XIX omitiendo lo que en el orden lógico y cronológico fué su base y su principio. Cierto que las ideas no se ajustan en su manifestación á los límites precisos de una fecha determinada; mas sobre caer la que hemos adoptado como inicial bajo nuestra jurisdicción inmediata, no hay ni puede haber división absoluta entre dos épocas tan unidas entre sí y en todo tan semejantes. El liberalismo de hoy radica en el del 93; la obra de demolición, sistematizada por los enciclopedistas, continúa sin variar esencialmente de carácter, y lo que se llama espíritu del siglo XVIII coincide en gran parte con el del XIX, que aumentó la herencia recibida con las grandezas y los desaciertos propios. No necesito extender estas analogías al terreno literario; porque, aun no siendo muy notables por lo que á España respecta, ¿cómo hubiéramos pasado de un extremo á otro, de Boileau y Voltaire, á Dumas y Víctor Hugo, sin un lazo de unión, que es precisamente lo que entre nosotros representó el clasicismo en su decadencia?

Como encarnación de él la más perfecta, como maestro y guía de una juventud que después llenó lo mismo el Parlamento que las Academias, como cantor en fin del progreso y Tirteo de nuestra independencia nacional, merece Quintana <sup>1</sup> un puesto preferente,

<sup>1</sup> Don Manuel José Quintana nació en Madrid el día 11 de Abril de 1772. Hizo los estudios de segunda enseñanza en Córdoba, de donde pasó á Salamanca, terminando aquí su carrera de Derecho,

que nadie entre sus contemporáneos puede disputarle. En mal ó en bien, ninguno quizá entre los poetas españoles ha alcanzado tal prestigio y tan decidida influencia en la opinión pública; llegando á ser sus versos, merced á las circunstancias, no las notas perdidas del sentimiento individual y solitario, sino verdaderos manifiestos de guerra y programa de un partido político que entonces empezaba á organizarse. Los servicios que le prestó Quintana, junto con el triunfo de aquél y la longevidad de éste, contribuyeron mucho á formar esa aureola y esa veneración casi idolátrica que le hacían invulnerable, sustituidas á la larga por el justo y desapasionado criterio de la verdad.

No se hable de colocar á Quintana dentro de una escuela, ni de llamarle poeta clásico en el sentido propio de la palabra; porque ni de la tradición salmantina conservó huella, ni conoció más clasicismo que el

y adquiriendo estrechas relaciones de amistad con Meléndez y Cienfuegos. Para el certamen promovido en 1791 por la Academia Española presentaba ya su ensayo de poema didáctico *Las reglas del drama*, que no obtuvo el premio. En 1806 comenzó á publicar las *Vidas de españoles célebres*. En Diciembre de 1808, y á consecuencia de la agresión napoleónica, hubo de salir de Madrid para Sevilla, confiriéndole la Junta Central cargos muy importantes que contribuyeron á aumentar su celebridad. Sus ideas liberales le valieron á la venida del Rey Fernando la persecución y el destierro, y después de una efímera rehabilitación volvió á sufrirlo en Extremadura hasta el 1828. Cuando la promulgación del *Estatuto* en 1834 fué nombrado Prócer del Reino, y dos años después Presidente de la Dirección de Estudios, título que se convirtió en el de Director general de Instrucción pública. Durante el bienio progresista (1855) obtuvo el honor, no concedido hasta entonces en España á ningún otro poeta, de ser coronado públicamente en el Palacio del Senado. Murió en 1857.—Entre los estudios consagrados á Quintana descuella el discurso de recepción en la Academia Española por el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, tan acertado en sus ideas como gallardamente escrito. (*Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española*, tomo II, págs. 133-175. Madrid, 1861.) Pueden leerse también el prólogo á las *Obras inéditas* del insigne poeta por D. Manuel Cañete, y la Conferencia pronunciada por el Sr. Meléndez Pelayo en el Ateneo (curso de 1886-87) sobre *D. Manuel José Quintana*.—*La poesía lírica al principiar el siglo XIX*. Madrid, 1887.

dos veces contrahecho de Voltaire y sus imitadores. Discípulo de Meléndez Valdés y de Cienfuegos, queda mucho de personal é independiente en Quintana y en su musa austera y varonil, enemiga de los melindres voluptuosos y de la afectación bucólica, inquieta hasta encontrar nuevos horizontes que presentía, y en los que estaba destinada á ostentar su elevación y grandeza. No era Quintana hombre para malgastar rimas convirtiéndose en chichisveo de una Filis desdenosa, ni su energía indomable podía seguir por ese camino al afeminado Meléndez. Algo más se aproximaba su índole poética á la de Cienfuegos, á cuyos manes dedicó en 1813 la colección de sus poesías; pero sin perjuicio de insistir sobre esta semejanza, confesada por el cantor de la imprenta, y que en vano quieren negar sus admiradores, reconozcamos desde luego que las abstracciones filosóficas y falsamente sentimentales del uno se transformaron esencialmente en manos del otro, perdiendo con su indecisión y nebulosidad muchas de las imperfecciones artísticas que las afeaban.

No es tan discutido el influjo de Herrera sobre Quintana, aunque para apreciarlo debidamente debe consultarse la primitiva edición de las odas á *España libre*<sup>1</sup>, en la que se ven estrofas enteras, suprimidas después, con notables reminiscencias del estilo y del lenguaje propios de la escuela sevillana y de su fundador. Admiraba en él Quintana lo robusto y solemne de la entonación, lo majestuoso y selecto de las formas; no así el carácter eminentemente religioso, que le hería en sus preocupaciones de secta y en el indiferentismo volteriano de que siempre hizo alarde.

Pero ya hemos dicho que el presunto imitador de

<sup>1</sup> Léase una curiosa carta de D. Adolfo de Castro al señor D. Angel Lasso de la Vega en *La Ilustración Española y Americana* (año 1877, volumen I, núm. 4.º)

Herrera, el amigo de Meléndez y Cienfuegos, obedecía más al propio que al ajeno impulso, dejándonos en cuantos géneros cultivó pruebas de una originalidad vigorosa, de un espíritu creador, entero é inflexible.

Quintana fué ó quiso ser en sus primeros días el poeta del amor y de la hermosura, acaso por exigencias de la moda y no de la vocación; y arrojando lejos de sí el tentador recuerdo de Meléndez, abandonó al Adonis con pellico para extasiarse ante la realidad del placer, que habla á los sentidos con halago morbido y acariciador. De aquí nacieron las odas *A Célida*, *La danza*, *A Luisa Todi*, *A la hermosura*, y hasta el canto fúnebre *En la muerte de la Duquesa de Frias*<sup>1</sup>. En vano llamó una vez el poeta á la belleza, sin el atractivo del sentimiento,

..... Flor inodora,  
Estatua muda que la vista admira  
Y que insensible el corazón no adora.

Todos sus versos transpiran un materialismo crudo y un entusiasmo por la forma plástica que desvirtúan la fuerza, si alguna tiene, de esa declaración. El amor espiritualista y cristiano, la platónica delicadeza del Petrarca y Ausias March, la ingenuidad pudorosa de Garcilaso, son muy ajenos á la inspiración erótica de Quintana, que añade otras nuevas á las audacias de Batilo, acercándose á las de Parny. Y no es que pretendamos calificar de obscenos tales desahogos, pues no ofrecen ninguna expresión francamente deshonesto, sino que la ausencia del *alma* (para decirlo en una sola frase) da á su poesía ese tono sensual que no nace

<sup>1</sup> No incluido, como ni otras poesías del autor, en la edición de Rivadeneira (*Obras completas del Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana*. Madrid, 1852. *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo XIX.)

precisamente del afecto ardoroso y de la pasión avasalladora.

Alguien acusa á Quintana, por el contrario, de razonador y frío en sus composiciones amorosas, lo que no deja de tener su fundamento. ¿Será que instintivamente nos desagrada ver aprisionada en las redes de Venus la inspiración libre y arrebatada de las odas patrióticas, ó que verdaderamente sea afectación aquel derroche de admiraciones y de imágenes ante los altares de la belleza? De cualquier modo, la estrofa grandilocuente y heroica con que Quintana sustituyó el metro y estilo de las antiguas canciones y las églogas del siglo XVIII, descubre cuáles eran en realidad sus inclinaciones y cuál el empleo que había de darles.

En la confusa y universal revolución que entonces conmovía las creencias y las instituciones tradicionales, no se limitó el gran poeta á sentir el sacudimiento con la ciega sujeción de las almas vulgares, sino que, convirtiéndose en propagandista de los nuevos dogmas políticos y sociales, hizo que resonaran en las cuerdas de su lira los odios profundos, las inciertas aspiraciones, los gritos de guerra que palpitaban en el corazón de la sociedad naciente. No era escéptico al modo de Moratín y su grupo, ni se contentaba con la negación tibia, porque el horror al vacío moral constituyó su distintivo y preocupación más constantes. Dotado de un gran amor á la verdad y al bien, aunque tuviera la desgracia de desconocerlos, de una rigidez espartana y opuesta á todo linaje de transacciones y eclecticismos, no es extraño verle tan insistente y tenaz en el apego á aquellas ilusiones que le inspiraron sus primeras lecturas.

No fueron otras que las del enciclopedismo francés, cuyo influjo trastornó sus poderosas facultades, sumergiéndole en un estado de exaltación, origen de las diatribas y apóstrofes de que llenó sus por otra parte admirables odas. El espectáculo de un Trono en-

vilecido y caduco contribuyó también, tanto como las tragedias de Alfieri y las obras de Voltaire, á aumentar en Quintana el amor á la libertad de Roma y Atenas, y el odio á los tiranos ideales que turbaban sus sueños, y contra los que asestó los tiros de su encono y su vengadora palabra.

Todo á humillar la humanidad conspira:  
Faltó su fuerza á la sagrada lira,  
Su privilegio al canto  
Y al genio su poder...

Así comenzaba la apoteosis de Juan de Padilla el futuro vate de la independencia española. Siguiendo fiel las huellas de los calumniadores de España; ciego hasta el punto de desconocer lo que hizo por la civilización la patria de Pizarro y Hernán Cortes; no queriendo ver en el siglo de oro de nuestra grandeza más que

á un odioso tropel de hombres feroces  
colosos para el mal,

¿cómo pudo sentir Quintana ese amor á la patria que tan enfáticamente pondera,

¡Patria! nombre feliz, numen divino,  
Eterna fuente de virtud, en donde  
Su inextinguible ardor beben los buenos!?

Al buscarla sólo encuentra en torno de sí un *simulacro yerto*, y en la interminable serie de nombres ilustres que encierra nuestra historia, *uno sólo* también que detenga su cólera. Hermoso es, sin duda, este canto *A Juan de Padilla*; pero tanto absurdo y tanta contradicción sublevan el ánimo más tolerante y más amigo de la belleza artística.

Está apoteosis de las comunidades de Castilla, cuyo

carácter bastardeaba absolutamente el poeta; estas insensatas calumnias contra lo que hay de más venerando para todo español, fueron los preliminares de nuestras posteriores discordias y del menosprecio con que nos miraron las naciones, muy principalmente nuestras colonias americanas. Como secretario de la Junta Central, y en el Manifiesto que á ellas se dirigió, tuvo más tarde el cantor de Padilla ocasión de explicar ese cúmulo de injurias contra la metrópoli, que tal cosecha de lágrimas é infortunios llevaron consigo. ¿Cómo extrañar que los súbditos, impacientes por sacudir el yugo de la dominación española, y los extranjeros interesados en afearla con los más negros colores, repitiesen lo que había dicho un hombre universalmente considerado por nuestro primer poeta nacional?

Iguales ó mayores desatinos nos sorprenden en la oda *A la Exposición española para propagar la vacuna en América*, donde aparecen vestidas con el ropaje de un arte deslumbrador las utopías del *Contrato social* y la inocencia primitiva, y sobre todo en ese proceso jurídico de la Monarquía castellana en los siglos XVI y XVII, manchado con las hieles del sarcasmo y de la más tremenda injusticia, que se llama *El Panteón del Escorial*. Sólo acertaba á atenuar el crimen de nuestras conquistas en el Nuevo Mundo con la siguiente consideración:

..... Ya en estos días  
No somos, no, los que á la faz del mundo  
Las alas de la audacia se vistieron  
Y por el ponto Atlántico volaron;  
Aquellos que, al silencio en que yacías,  
Sangrienta, encadenada te arrancaron.

En cuanto al invicto Carlos y al Rey Prudente, ¿quién los conocerá en los retratos de Quintana? ¿No es un pecado contra la estética este radical falseamiento de la verdad, aun en la suposición de que no

se manifestara entonces tan elocuente como hoy en día?

Y no es esto sólo, sino que los versos del insigne poeta formaron esa atmósfera de odios antipatrióticos, aún no disipada, que se infiltró en el ánimo de la multitud con la historia progresista, ayudada por los vándalos de la literatura demagógica. Disculpan á Quintana la firmeza de sus convicciones y la frístisima pervisión de las ideas, que á todas partes llegaba, y que conmovía los más firmes y robustos entendimientos; mas por lo mismo que aún subsisten en parte algunos de los errores que patrocinó, por lo mismo que se confunde su fama de autor indiscutible con sus equivocaciones lastimosas, tiempo es ya que los ditirambos de relumbrón cedan el puesto á la crítica racional:

Admiremos casi sin reserva los arranques sublimes de la oda *Al mar*, y hasta demos al olvido, si es posible, algunas alusiones que deslucen el fondo y la forma del estupendo canto *A la imprenta*, lleno de majestad y vehemencia, aunque juzgándolo hoy fríamente, y sin atención á las circunstancias, nos parece hinchado y de vulgares ideas. El progreso, la libertad, la filantropía cándida, con todos los restantes ideales de club y palabras de pie y medio, tan desacreditados por el intemperante abuso de la patriotería, eran para Quintana temas nuevos, y tienen en su boca el mérito de la originalidad y la brillantez áurea de su lenguaje poético.

No hay duda tampoco que Quintana fué hombre honrado y de generosas aspiraciones; que al expresarlas no lo hacía sin comprenderlas y sentirlas; pero ¿qué infantiles y como de aula de Retórica no resultan sus entusiasmos! En la obra de Gutenberg veía sólo la cuna de la libertad humana, no reparando en todo eso que ha podido execrar más tarde otro gran poeta <sup>1</sup>, no en verdad meticuloso ni reaccionario.

Augusto Barbier, *Yambos*.